
Editorial

Ante las características que presenta la economía mundial en estos momentos, todos parecen estar de acuerdo en que las crisis se manifiestan de distinta manera en cada país —o en cada grupo de países— de acuerdo a su posición ocupada dentro de la jerarquía del sistema mundial.

El ejemplo más evidente al respecto lo constituye, sin duda alguna, el observado en el plano alimentario. Para los países desarrollados, el problema en este campo radica en la formación de una enorme masa de excedentes agrícolas, que ha dado lugar tanto a una guerra de subvenciones (proteccionismo), como al desencadenamiento de una competencia aguda por conquistar los mercados externos y, más recientemente, a la realización de enormes esfuerzos por limitar la producción. En los países subdesarrollados, a diferencia, el problema alimentario no se manifiesta como una crisis de excedentes, sino como una crisis de déficits; lo cual ha dado lugar a que se incrementen constantemente las importaciones de alimentos, pero sin evitar que también crezca el número de desnutridos.

Es tal la dimensión alcanzada por el problema alimentario en los países del tercer mundo que, según estimaciones de la FAO, el número de personas sub-alimentadas pasó de aproximadamente 460 millones en 1974 a más de 800 millones en 1980 y todavía continúa en aumento.

Tales cifras sin embargo, no parecen haber golpeado mucho la conciencia de la humanidad sobre este problema, ya que no ha sido sino hasta que la prensa internacional comenzó a difundir imágenes de niños africanos con figura esquelética, que han cobrado cierto auge las organizaciones humanitarias que luchan contra el hambre en el mundo.

Ahora bien, dado el contraste observado entre la situación alimentaria presentada por los países desarrollados y la presentada por los países subdesarrollados, fuertes son las tentaciones para pensar que una solución fácil al problema planteado, sería la instauración de un Nuevo Orden Alimentario Mundial que permitiera transferir los excedentes de los primeros en favor de los segundos.

No obstante, concededores de los principios que rigen la dinámica de la producción en los países excedentarios y conscientes de los problemas financieros que enfrentan los países deficitarios, es lógico de pensar que tal proposición carece de la mínima dosis de realismo. Así lo demuestra al menos, el fracaso de la propuesta de contenido similar hecha algunos años

atrás sobre la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacionall (NOEI).

Más racionales parecen en tal sentido, las propuestas recientes que formulan la necesidad de que los países subdesarrollados afectados por la crisis alimentaria, comiencen desde ya a implementar estrategias de auto-suficiencia y seguridad alimentarias, en el entendido de que tales objetivos, más que fruto de una idea humanista, derivan directamente de la doble penuria —alimentaria y de divisas— que caracteriza a esos países.

Para fortalecer su posición, los sustentadores de estas estrategias agregan además que, dada la recesión prolongada por la que atraviesa la economía mundial actualmente, es más seguro para un país economizar divisas evitando su gasto mediante el desarrollo de una producción nacional de sustitución, que esperar ganarlas mediante el estímulo de exportaciones cuya demanda es aleatoria. Posición que obviamente, va en contra de los planteamientos de los ultra-liberales, quienes adornados de una filosofía de "protección al consumidor", no dudan en afirmar que dada la abundancia de mano de obra en estos países y la "apertura del mercado mundial, es más pertinente sacrificar la producción local de alimentos a fin de maximizar la producción exportable.

Pero, aún en el supuesto de aceptar que son las políticas de auto-suficiencia y seguridad alimentarias, el mejor camino a seguir, restaría el problema de cómo operativizarlas.

De hecho, dado que en estas políticas el problema alimentario es entendido primariamente como un problema de insuficiencia en la producción y de falta de regularidad en los aprovisionamientos alimentarios, el objetivo central consistiría en expandir sustancialmente la producción y la productividad de los alimentos básicos.

Teóricamente, dos parecen ser los requisitos indispensables para alcanzar ese objetivo. El primero, consiste en asegurar a los agricultores ingresos lo suficientemente elevados por la venta de sus productos, de tal manera que dispongan de incentivos tanto para incrementar el área sembrada (en el caso de que la cantidad de tierra disponible no sea una limitante), como para elevar los rendimientos. El segundo requisito, se refiere a la necesidad de fomentar el uso de tecnologías que permitan aumentar la productividad de la tierra, sin erosionar drásticamente su fertilidad natural.

Las políticas hasta ahora seguidas en los países subdesarrollados sin embargo, no parecen estar en correspondencia con tales requisitos. Un ejemplo claro, lo constituyen las políticas de comercialización, donde los distintos gobiernos, presionados por la necesidad de abaratar los costos salariales en las actividades urbanas (industria, comercio, etc.) han creado instituciones reguladoras que aunque, en principio, persiguen "ofrecer pre-

cios atractivos a los productores y precios justos a los consumidores", en la realidad, han sido incapaces para dar cumplimiento al primer objetivo.

En el campo tecnológico, las políticas no han sido menos desatinadas. Se han impulsado programas de asistencia técnica orientados a poner fin al uso de métodos de producción arcaicos, considerados responsables de la baja productividad obtenida con esos rubros; pero, en sustitución, se ha promovido el uso de otras tecnologías (revolución verde) que, aunque incrementan sustancialmente la productividad en el corto plazo, no la garantizan en el largo plazo, debido al deterioro, que ocasionan en los nutrientes del suelo y en los recursos acuiferos y forestales.

Pero, si tanto las tecnologías "tradicionales" como las llamadas "modernas" no son adaptadas a los objetivos alimentarios de los países que padecen el problema, ¿cuál debe ser entonces la alternativa tecnológica a seguir?

Para muchos autores, impresionados por los resultados prometedores que se le asignan, la biotecnología es la respuesta. Otros sin embargo, son más escépticos, porque les parece increíble que, siendo la biotecnología una revolución técnica básicamente impulsada por los gobiernos y las grandes empresas de los países del norte, de repente resulte que sus impactos sean más positivos para los países del sur.

Argumentos importantes han sido avanzados en ambas direcciones. Mientras tanto sin embargo, el problema del hambre se continúa agudizando en los países del Tercer-Mundo y las montañas de excedentes continúan creciendo en los países industrializados.